

## A LA MEMORIA DE FELIPE IGNACIO MEJÍA

CUANDO nos asomamos á la vida y la vemos llena de lacras y miserias; cuando vemos que esta vida ruín, no merece ni un solo día de nuestra existencia en su favor, un gesto de soberano desprecio es lo único que se nos ocurre; cuando vemos que un espíritu sensible, hecho vibrar por las absurdas manifestaciones de esta vida, dedica sus actividades á encauzarla, á destruir las ilógicas influencias del medio ambiente, á realzar en suma algo positivo cuya carencia nos ahoga, y esa existencia que se hace necesaria, es truncada por la muerte, una rebeldía nos agita, y una palabra florece en los labios, que compendia en sí todo nuestro sentir.

Felipe Ignacio Mejía, era uno de estos. Vió todas las calamidades humanas y quiso remediarlas. Desgraciadamente uno ó varios, son pocos, aunque sus arrestos para ellos sean muchos. El comprendió esto, y sin desmayar en su empresa, despreció al mundo, que se deja atraer por la vorágine de sus propias y torpes acciones.

Llegó á crearse ambiente favorable, en todos aquellos espíritus que poseían sus mismas ilusiones... Con ellos quería dar la batalla al otro ambiente que se mostraba contrario.

Esperaba que llegase un día en que se despejara la incógnita de la vida, á fuerza de hacerse ésta imposible.

No concebía que el mundo fuera tan necio, que nunca pudiese llegar á saber el por qué de su vivir.

Cuando había comprendido lo vana que era la empresa y cuán estériles habrían de resultar sus obras, murió.

PERO GRULLO era el orgullo de su vida. Con él pretendía despojar á la Verdad, de ese velo estúpido é irritante, con que todos sin darnos cuenta la ocultamos.

Y es que todos, á fuerza de fingir, vamos tejiendo ese velo que nos hace recelar de todo.

El lo veía así y por lo mismo tal era su propósito.

Con él aspiraba á despertar las conciencias dormidas, y marcarles, ya despiertas, el verdadero camino.

No ha logrado ver esto realizado. Murió con ese pesar y, quién sabe si una maldición ó un ansia expirase con él en sus labios.

Todas sus aspiraciones, todos sus ideales, bajaron con él á la fosa. Con él bajó también una lágrima nuestra en un puñado de tierra.

Andrés G. RUIZ.

## "MARINO,"

FELIPE I. Mejía, *Marino*, como él se firmaba, y como todos le llamábamos, ha muerto. Ha muerto cuando aún no había llegado á los treinta años.

*Marino*, como nosotros, ha vivido la vida intensa de la lucha, esa vida del periodista, azarosa siempre, triste á veces y á veces también alegre.

Esa intensidad misma, ha agotado prematuramente sus energías y se lo ha llevado de con nosotros á la tumba.

La noticia de su muerte no me ha sorprendido. Como yo, dolorosamente la esperaban sus demás amigos.

Sólo me ha producido gran dolor, infinita tristeza, porque *Marino* era para mí más que un amigo inseparable.

Yo le he querido siempre mucho y he admirado siempre sus obras maestras. Más de una vez en las madrugadas del invierno sentados los dos frente á frente, en su comedor, hemos trabajado juntos.

El lápiz de *Marino* iba trazando sobre el papel los rasgos de una caricatura rebosante de veneno, de ironía, mientras que yo hilvanaba una de mis enormidades. Y los dos colaborábamos para sacar adelante nuestro ideal, el *chico*, como él le llamaba á su PERO GRULLO, á ese periódico que aver fué su anhelo y una de sus postreras y únicas ilusiones.

Hoy *Marino* se ha ido para siempre. Un coche negro se lo habrá llevado por la puerta de Toledo, por esa vetusta puerta que encabeza para su recuerdo, la primera sección del periódico.

La última vez que vi á *Marino*, fué un día de alegría relativa para mí. Fué un día que alcancé un título y que me encontré solo en esa vieja ciudad manchega, donde he vivido tantos años, y sin afectos que me estimularan y celebraran mi triunfo.

Una cruel enfermedad, unos bacilos inmundos, se disputaban palmo á palmo el cuerpo de nuestro amigo.

*Marino*, lívido, abatido, sin brillo en los ojos, con la piel pegada á los huesos, encorvado como un viejo, sonrió al saber lo que me pasaba.

—¡Me alegro mucho que hayas aprobado! me dijo. Y dudó un momento si estrechar ó no mi mano, por temor, adivinando tal vez mi repugnancia.

Yo lo comprendí, y le demostré lo contrario. En los ojos vidriosos, hundidos del enfermo, creí ver una lágrima de amargura. Y salí de su casa con el corazón destrozado.

¡Ya no le volvería á ver más!

*Marino* ha muerto. *Marino* ha conseguido al fin redimirse de esta estúpida existencia. Creo que no puedo rendirle mayor tributo á su alegría de entonces, cuando yo alcancé un título, que estas cuartillas, en las que hay un girón de su vida y de mi vida, y el más bárbaro dolor.

Roberto ACOSTA.

Madrid—Noviembre—1915.